

JULE GOIKOETXEA

# PRIVATIZAR LA DEMOCRACIA

CAPITALISMO GLOBAL,  
POLÍTICA EUROPEA Y ESTADO ESPAÑOL

Icaria ❁ Antrazyt  
POLÍTICA

Este libro ha sido impreso en papel 100 % Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

© Jule Goikoetxea

© De esta edición  
Icaria editorial, s. a.  
Bailèn, 5 - 5 planta  
08010 Barcelona  
[www.icariaeditorial.com](http://www.icariaeditorial.com)

© Fotografía de la autora: Iñigo Ibáñez

Imagen de la cubierta: Kris Barnolas

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-9888-824-9

Depósito legal: B 26224-2018

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.  
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

*Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial*

# ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos 7

Prólogo. Abrir por abajo lo que quieren cerrar por arriba,  
*David Fernández* 9

I. Privatizar la democracia 15

II. Capitalismo global, política europea y déficit  
democrático 31

III. Democratización 71

IV. Territorio en el siglo XXI 119

V. Territorios federales vascos (y constitucionalistas  
*versus* primitivistas) 139

VI. El *demos* catalán: capacidad política, reproducción social  
y privatización 181

VII. Privatizar la democracia en el Estado español 227

VIII. Conclusión del libro 249

Bibliografía 261



## AGRADECIMIENTOS

Maite Mentxaka, Bea Egizabal, Danele Sarriugarte, Teresa Larruzea, Özgür Güneş y Natalia Gardezabal son capaces de recitar el libro en verso. Gracias por vuestra paciencia, por vuestros comentarios, correcciones y contribuciones.

Quiero dar también las gracias a Juan Oyarbide por el diseño digital de los mapas, y a Lore Etxeberria y Jon Azkune por haber compartido sus investigaciones conmigo.

Me siento muy agradecida a Tània Verge y Marc Sanjaume, por sus recomendaciones y sus análisis, y por haberme hecho sentir como en casa durante mi estancia en Barcelona, a lo cual han contribuido también las compañeras de Ca la Dona y Gata Maula, en especial Maria Rodó, Marta Jorba, Nora Miralles y Mireia Foradada.

Nolasc Acarín y Ramon Espasa se merecen un agradecimiento especial, por sus contribuciones a mi investigación, por las entrevistas concedidas, y por haberme dejado molestarles una y otra vez sin rechistar. Gracias también a Ander Errasti, Cristina Astier y Norbert Bilbeny, entre otras cosas, por haber compartido sus contactos y sus desayunos conmigo.

A David Fernández, por sus significantes, su pasión y sus contrahistorias.

A mi padre, Tomaxito, por educarme en la desobediencia.

Los agradecimientos más íntimos son para mis compañeras de vida, y de lucha, junto a las ya nombradas, Birginia Pozo, Nagore Iturriotz, Zuriñe Rodríguez, Kattalin Miner, Cesar Marcos, Josebe Iturriotz, Laura Esteve, Jon Mentxaka, Nerea Tejeria, Silvia

Baltasar, Estitxu Garai, Leire Palacios, Lorea Illarramendi, Irantzu Varela, Maialen Aranburu, Ainhoa Etxaide, Pilar Mendibil, Maite Asensio, Irene Arrarats, Itziar Uzkudun, Elena Beloki, Beola, Bas-karan, Enbeita, Alberdi y muchas más: porque alterar diariamente la miseria normalizada requiere perseverancia, además de humor..

# PRÓLOGO.

## ABRIR POR ABAJO LO QUE QUIEREN CERRAR POR ARRIBA

David Fernàndez

Considero valore quello che domani non varrà più  
niente quello che oggi vale ancora poco.  
Considero valore tutte le ferite.

ERRI DE LUCA

La microhistoria —y la intrahistoria— de este prólogo es, además de accidentada e imperdonable por un retraso cuanto menos histórico, una estricta metáfora drástica del propio contenido del libro. Siempre vamos muy tarde, no llegamos a todo lo que quisiéramos, lo urgente no deja paso a lo importante y en el debe se acumulan todas las tareas aún por hacer. Y mientras tanto, claro, el sistema de poder se anticipa, se avanza y se retuerce sobre sí mismo y contra todas y todos. Otra vuelta de tuerca. Y van tantas. La democracia —tantas democratizaciones pendientes— siempre es cara y lenta. Su privatización, en cambio, va a toda pastilla en tiempos de turbocapitalismo global, acumulación por desposesión y ficciones tecnológicas algo más que distópicas.

Escribir y pensar hoy, ahora y aquí, en un contexto creciente de aceleradísima desdemocratización global, implacable retroceso social e inquietante regresión antidemocrática no solo urge como autodefensa sino que ampara, protege y refugia. Estamos obligados todavía a ese ejercicio continuado de desobediencia y resistencia que es pensar, porque, como dijera Enzensberger, el «[no hay alternativa] es una injuria a la razón, porque equivale a la prohibición de pensar; no es un argumento, es una capitulación». Eso hace Jule: no capitular y no rendirse, porque ya no hay ningún motivo para no hacerlo, sino más bien todo lo contrario.

Aclaremos la demora democrática incesante —en tantos sentidos. El primer correo electrónico de Jule llegó con los primeros compases de enero de 2018, cuando la excepción, la excepción

prolongada como forma de gobierno, represión y cortijo, ya sacudía a la sociedad catalana con chuzos de punta. Den por supuesta la vergüenza explícita de acabar remitiendo estas palabras, *justing time*, en tiempo de descuento y en una carrera de obstáculos impertinente, el día antes de que el libro entrase en imprenta, en un final negro de octubre de 2018, con Bolsonaro ganando las elecciones en Brasil, Pablo Casado reclamando para sí el feminismo y el PSOE socializando dolores y horrores con la venta de armas al régimen saudí.

Antes, antes de una larga serie de correos electrónicos con plazos incumplidos y entre las pulsiones mercantilizadoras y autoritarias que siempre van de la mano y donde nos han mal instalado, habíamos coincidido con Jule en el Alternativen Herria de Bilbao en octubre de 2015. Abordábamos, precisamente, junto a la escocesa Cat Boyd y Mario Zubiaga, el catálogo de opciones postcapitalistas para nuestros respectivos pueblos, desde una perspectiva global y en la búsqueda inacabada de vidas soberanas. Sabiendo, de antemano y años ha, que bajo el capitalismo es ya imposible una salida democrática, social, ecológica, feminista o pacifista. Ante el espejo, resignificábamos una soberanía polisémica, redefiniendo alternativas populares y horizontes sociales que caracterizan ya nuestras luchas y compromisos. Teoría y práctica para acercar la habitual lejanía entre palabras y acciones de una izquierda exhausta y demasiado a menudo vencida por incomparencia. Y es ese vacío el que este libro también contribuye a rellenar de nuevo: como sostiene la autora con lucidez —a quien el presente libro, no cabe duda, le habrá comportado horas muchas, largas noches y algún insomnio—, no hay posibilidad democrática alguna sin democracia local. De hecho, nuestra contraintuición transformadora y nuestras prácticas emancipatorias nos dicen que han ido tan lejos con sus máquinas de guerra que, al final, el único territorio liberado del que realmente disponemos ahora mismo —dique de contención y fértil campo de reconstrucción democrática— son nuestras precarias vidas cotidianas y aquello que desplegamos en nuestros territorios: es allí donde cada día reproducimos lo que hay o nos atrevemos a transformarlo. Así están las cosas y en cada gesto nos la jugamos: ayer mismo, digámoslo así como ejemplo, un conductor de autobús parisino paró en



seco e hizo bajar a todo el pasaje —«todo el mundo abajo»: nadie se había dignado a ayudar a un hombre con silla de ruedas que pretendía acceder al transporte público. Indolencia o exigencia, dilema de lo que hacemos o dejamos de hacer soberanamente.

Disculpen la digresión desordenada, espejo también de los tiempos oscuros que acechan y de las prisas que siempre tenemos a pesar de que toda democratización requiere red, lentitud y tiempo compartido. Pasaron más meses y el prólogo no salía, así que prometo que prometerás, perjuré que en verano me pondría, bajo una encina, a leer y prologar con la presunta tranquilidad de un verano que ya no existe. Son demasiados años intensos donde fundamentalmente nos roban el tiempo, secuestran la vida y usurpan soberanías. E ir leyendo el libro era tanto como ir subrayando todo lo que nos pasa —y los porqués y los hasta cuándo. Todo lo que el libro desmenuza nace de la drástica realidad concreta e interpela sobre la privatización brutal —y la deslocalización permanente— de la democracia.

Venimos de unos tiempos —el de la caníbal y programada desregulación neoliberal— donde los altavoces sistémicos y los profetas de lo postmoderno banal han puesto en boga decir que soberanía, Estado y territorio son palabras huecas y fonemas vacíos. Lo dicen ellos, cínicos permanentes y siempre no-nacionalistas envueltos en sus banderas imperiales uniformizadoras; ellos que disponen de su Estado autoritario —asimilado ya por el poder económico, y si no que se lo pregunten al Tribunal Supremo en relación a las hipotecas, cuando en menos de 24 horas es capaz de bloquear una decisión judicial firme que perjudicaba a la banca. Y dado que beneficiaba a la ciudadanía, provocó la bajada de la bolsa: mayor metáfora no cabe. Insistamos en la doble vara hipócrita: lo dicen ellos también —¿qué sentido tiene hoy hablar de fronteras?—, mientras se repeinan ante sus muros del racismo de Estado y cuando su soberanía biopolítica llena sus límites de concertinas, vallas y murallas. Son los mismos que nos quieren hacer olvidar que la soberanía ha sido brutalmente transferida a muy pocas manos y los que siempre se olvidan cuando hablan de fronteras y líneas rojas, de los check-points diarios que sexismo, racismo y clasismo imponen en nuestras sociedades a golpe de desigualdad, segregación y exclusión.

Esa revolución permanente contra todos los límites que llamamos capitalismo vacía las palabras para volverlas insertables. Y si el capitalismo dispone de algún rasgo básico es que es esencialmente antisoberanista: se reapropia, pervierte y asimila todas las soberanías y todas las decisiones. Como una podadora metálica y automática, insaciable, que recuerda que no decidimos —nos deciden— y que no nos gobernamos —nos gobiernan. Tanto es así que, en tiempos del 15M, uno de los columnistas más habituales de *La Vanguardia* anunció que el imposible sueño democratizador de la indignación social era que la política prevaleciera sobre la economía, que el urbanismo social limitara la codicia de la especulación en la ciudad lucrativa y que la democracia fuera el freno que parara la hybris carroñera del capitalismo. No lo decía irónicamente, lo decía a cara descubierta y diría que con una elevadísima dosis de resignación oficial. Para completar el cuadro —tras 555 consultas, una movilización persistente inacabable, un referéndum donde ganó lo mejor de la gente contra lo peor de la represión— solo faltaba el lehendakari Urkullu diciendo que el problema catalán radicaba en que la democracia participativa se superponía a la democracia representativa.

Democracia, Estado, neoliberalismo... Principio y final, uno constata que la mayor incompatibilidad de nuestros días es la que riñe abiertamente entre Estado de derecho y capitalismo voraz destituyente. El segundo desmiente, niega y tritura al primero. Sin más gobernabilidad global que el diktat de los mercados, con el dispositivo de Estado debilitado y colonizado por el neoliberalismo, parece obvio que lo local, los territorios-sociedad resistentes y transformadores, van a convertirse en los auténticos bastiones democratizadores que necesitamos más que ayer y menos que mañana. Abrir por abajo lo que quieren cerrar por arriba, que es tanto como decir publicar por abajo lo que quieren privatizar por arriba. Sobre todo, cuando su estrategia mediocre es pretender convertirnos en espectadores pasivos de un espectáculo ruín, en consumidores fallidos en el supermercado de los imposibles y en electores cuatrianuales frustrados. Porque, a estas alturas, reducir la democracia a votar cada cuatro años es una paupérrima concepción de la democracia. Sobra decirlo.

Reciclando reflexiones recientes para acabar. Ahora que se habla tanto de identidades, cierres y regresiones, valdría la pena preguntarse por la calidad —y la cantidad— de identidad democrática compartida, es decir, y mirando muy lejos, de la prevalencia del proyecto ilustrado de Kant fundamentado en el Estado de derecho. Incluso habría que tener cuidado de estigmatizar cualquier demanda de regreso a la soberanía popular como un repliegue autoritario, una ucronía retróptica o una regresión democrática, cuando a menudo se trata de iniciativas orientadas a detener la irrefrenable pulsión capitalista y a cuestionar y revertir todo el poder que han acumulado. El reclamo soberanista, en un contexto de erosión constante e impotencia acumulada del Estado de derecho, de gestión privada y privatizadora de la UE de la troika, ¿es repliegue chovinista autoritario o impulso democratizador y transformador? ¿Cierre o apertura? ¿Cueva a oscuras o refugio compartido? ¿Restricción o exigencia democrática? ¿Contracción identitaria o respuesta rehabilitadora? O, ¿están siendo ambas cosas a la vez desde posiciones tan antagónicas, enfrentadas y desiguales como las que distancian el abismo del populismo de derechas y las frágiles alternativas democráticas?

Acabo. La obsolescencia anunciada de los estados nación decimonónicos —decretada por los mercados y legislada en nombre de la competitividad— nos sitúa hace décadas en un nuevo paradigma y en un ciclo brutalmente regresivo. Contra todo ello, uno diría que quien mejor ha reflexionado sobre el colapso y ha actuado contra los déficits y perversiones del Estado-nación ha sido el movimiento de resistencia kurdo a través de la propuesta de confederalismo democrático, donde municipalismo, feminismo, ecologismo y cooperativismo comunal se convierten en práctica cotidiana para garantizar la democratización de la interdependencia y la convivencia. Sí, necesitamos más que nunca instituciones comunes que nos permitan autogobernarnos y recuperar las soberanías. Porque en toda comunidad humana, como diría Riechmann, hay dos tipos de listos: los tiranos, que lo quieren mandar todo, y los ladrones, que se lo quieren quedar todo; y contra eso solo tenemos dos frágiles utensilios, democracia política y ética de la decencia.

Por eso, ante los proxenetas de la democracia, los yonkies del poder dinero, pasen ustedes y lean y actúen. Porque el problema,

finalmente, no es qué hace una minoría particularmente cruel y poderosa, si no qué hacemos las mayorías sociales con nuestra activación democrática o nuestra pasividad nihilista. Con el agradecimiento final a Jule —por las tesis, por las ideas, por la investigación, por la paciencia—, solo queda citar a Angela Davis: «hace tiempo que he dejado de aceptar las cosas que no puedo cambiar, cambio las cosas que no puedo aceptar».

En fin, para empezar, desprivaticémonos.

30 de octubre de 2018